

El



GATO NEGRO

por ROBINSON ROJAS



NO, señor, yo no puedo decir que aquel gato hubiera sido un animal malo, uno de esos que encuentran placer en matar o en ver correr la sangre de los seres más débiles que ellos, ¡no, señor!, yo siempre he pensado que los gatos tienen su manera especial de ver y juzgar a las personas, que éstas no comprenden. ¡Si... sí!, no se ría... Déjeme pensar algo que sirva como ejemplo de lo que le explico... ya sé... ¿Se ha fijado cómo nos siguen con los ojos fijos cuando pasamos cerca de ellos?... Yo pienso que es una mirada de burla; tenga en cuenta que siempre nos ven ir muy apurados de aquí para allá y de allá para acá como prisioneros de alguna terrible prisa que ninguno de nosotros sabe cabalmente qué cosa es, y a pesar de la tanta molestia que nos tomamos parece que nunca conseguimos nada, porque continuamos en la misma carrera. ¡Aquí está lo extraordinario!: ellos, los gatos, toman ejemplo de tal conducta humana y se recuestan en el rincón más agradable y tranquilo de la casa, pasando el día en medio de un semisueño muy reparador... y salen por las noches, cuando nosotros no los molestamos con nuestros ajeteos absurdos. ¡Ve, señor, algo deben saber estos brutos! ¡Y yo los respeto, los respeto a todos!

En fin, es mejor que no insista, ha habido mucho de divagaciones y nada de lo que en definitiva pueda interesarle, porque usted es doctor de almas, ¿no?... Vea usted... ¡Puf! si me acuerdo hasta de los detalles que no revelan nada: la historia comenzó cuando ese gato, malhadado gato, se presentó sin razón aparente ninguna a nuestra casa, una bonita casa, se lo aseguro, con una gran pieza para dormir mi mujer y yo, otra más grande todavía para el comedor, y una última del tamaño de las dos anteriores juntas para tener ahí muebles de esos cómodos en los cuales uno puede descansar de la fatiga. También una buena cocina y sala de baño, ¡qué baño!, con agua fría, caliente o tibia, sencillamente como a usted se le ocurriera pedirla. ¡Cómo no íbamos a sentirnos felices en ella mi mujer y yo! ¡Figúrese usted! Pues ahí pasábamos los días como si nada, y en las noches, después de la cena mi mujer se sentaba en uno de esos sillones tan cómodos a tejer y a conversarme de lo que le contaban las vecinas. ¡Todas las vecinas siempre fueron buenas amigas de ella! En cambio yo me acomodaba en

otro a fumar un buen cigarro, o, por qué no decirlo, sólo porque me gustaba escuchar la voz de mi mujer... Y una de esas noches llegó... Tengo que confesarle que jamás pude comprender por qué misterioso orificio que yo no conocía en mi casa pudo lograr el acceso a ella, aun hubo ocasiones en que me vi obligado a sospechar que alguien malintencionado lo introdujo en un momento de descuido nuestro por alguna abertura desconocida del techo o de los muros, tal vez una puerta mal cerrada, qué sé yo; lo único que soy capaz de asegurarle es que el animalito estaba allí en medio de la pieza mirando atentamente a mi mujer como si escuchara y entendiera lo que ella decía. Al principio, sorprendidos por su presencia inexplicable, nos miramos consultándonos por gestos qué podríamos hacer, pero no fue necesario que nos decidiéramos del todo, porque el gato se acercó a las piernas de mi mujer y comenzó a restregarse en ellas igual si quisiera expresar que la quería, ¡y la pobre se dejó tentar, señor!: lo tomó en sus brazos y me dijo que deseaba quedarse con el animal para cuidarlo, "total, no tengo esperanzas de un hijo". ¡Qué habría hecho usted en mi caso?, lo mismo, ¿verdad?... Nos quedamos con él, aunque naturalmente, como lo ordena la decencia entre las gentes de buen vivir, al otro día averiguamos en la vecindad si pertenecía a alguien. Nadie supo nada y el animal pasó a formar parte de la familia. Si hasta yo me esforcé en agradar a mi mujer construyéndole un cajón para que durmiera allí el gato. Un cajón con su colchón de plumas y todo, señor. Y la pobre dejaba de comer parte de su comida para darle más alimento al recién llegado, y además, ya fuera del lecho con las primeras luces del día, iba al mercado y conseguía la mejor carne, lo mejor de todo... nada más que para satisfacer al bendito animal. ¡Cómo lo regaloneaba! ¡Le dije cómo era?... No, no se lo he dicho... Bueno, todo el cuerpo cubierto de pelo negrísimo, sedoso como el cabello femenino (yo sé que era sedoso y suave porque mi mujer me lo repetía siempre en las noches cuando charlábamos y ella lo acariciaba teniéndolo sobre las rodillas), tanto, que al caminar se le hacía en el lomo algo como una luz especial que lo iluminaba a él solamente. Era bonito el bruto.

Y creo, señor, que en eso estuvo la desgracia, ¡se lo juro!, mientras más gordo se ponía y mientras más le brillaba el pelo al animal, mi mujer iba perdiendo los colores de la vida, el rostro se le hundía por las mejillas y los huesos de la frente ya casi reventaban debajo de la piel como papel arrugado. También los ojos, ¡uf, esos ojos!, rodeados por una aureola negra, y dentro de ellos, allí donde todos tenemos una chispita que es como la misma vida, nada, simples colores opacos. Esos ojos turbios, ¡qué horror, señor!

Pero usted debería haber visto a mi mujer cuando apenas podía caminar y sin embargo insistía en levantarse en los momentos que el sol todavía no aparece, y entre quejidos y hasta lágrimas salía de casa a comprarle buena carne al gato, y éste, ¡las bestias piensan, señor, se lo aseguro!, se plantaba en medio de la pieza grande observándola con mucho cuidado, sin despegarle sus ojos amarillos, relamiéndose el hocico de vez en cuando, y a veces el pecho y las patas de adelante. ¡Igual si se diera cuenta que todo el sufrimiento de ella fuera causado sencillamente para complacer sus gustos refinados! Era de verlo. Usted lo habría comprendido de inmediato. Usted que sabe tanto sobre estas cosas. En realidad el animal se alegraba igual que los humanos de saberse el preferido de la casa, aun antes que yo. Y en tanto que mi mujer andaba en el mercado, él no se movía de en medio de la pieza grande hasta que la puerta de calle crujía de nuevo para que entrara ella cargada de bolsones con alimentos y del paquete de la carne. Entonces se le acercaba a lamerle cariñosamente las piernas, lo que hacía derramar lágrimas de enternecimiento a mi esposa,

conversándole tal si lo hiciera con un humano, ¡como un hijo!, ésa es la verdad; y eso siempre a mí me pareció irrespetuoso porque, bueno, uno puede querer mucho al animal, pero de ahí a tratarlo igual que a un hijo, no, ¡eso sí que no!

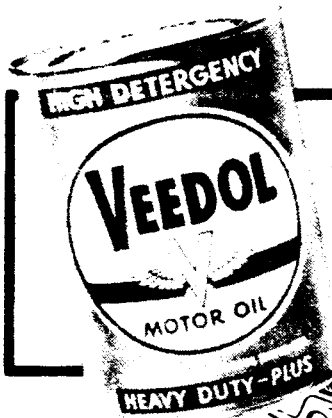
En verdad yo la regañé mucho en ese sentido y por eso tuvimos serias discusiones y riñas de palabra, sin que pudiera conseguir nunca de ella la promesa de que no le hablaría como a una persona. Su argumento favorito, repetido muchas veces, fue que por no tener hijos bien se podía hacer la ilusión de que el gato lo era, y para ella eso era bueno porque la hacía feliz. Ve, ¡qué hubiera podido hacer yo ante esa razón? Nada. Y, bueno, no hice nada y la dejé que se enfermara cada vez de mayor gravedad, levantándose en invierno y verano con el alba sólo en su afán de alimentar al gato. Y sucedió lo razonable: llegó un momento en que la pobrecita fue incapaz de tenerse en pie porque las piernas simplemente se le doblaron con el peso de su cuerpo. Las manos, siempre tan ágiles en ella, le cayeron a lo largo de las caderas a causa de que los brazos se secaron desde el codo hasta la punta de los dedos. Quizás también del mismo mal, después que la obligué a no moverse de la cama varios días, las piernas no las movió más. Y allí estaba la pobrecita tendida en el lecho con los brazos y las piernas inmóviles, paralizadas, apenas con la capacidad para girar el cuello, mas no en cualquier dirección, sino que de arriba hacia abajo, y de ninguna otra forma. Todos los días al amanecer me miraba con sus ojos opacos pidiéndome que le fuera a comprar carne al gato, y yo partía, no porque quisiera al animal, ¡no, señor!,

NUEVO

Acelte para Motores

VEEDOL

de Gran Detergencia



Limpia...

Lubrica...

Protege...

Ahorra Dinero



MEJOR QUE NUNCA

para todos los vehículos a motor!

El nuevo Veedol de Gran Detergencia LIMPIA—impide que los subproductos de la combustión se formen sobre las piezas vitales del motor. PROTEGE a su motor contra desgaste excesivo. LUBRICA instantáneamente, a velocidades grandes o pequeñas. Use Veedol en automóviles, camiones, autobuses, tractores— a gasolina o Diesel.



S. A. C. SAAVEDRA BENARD
OFICINAS EN TODO EL PAIS

era para que ella estuviese contenta y no se preocupara por nada. ¡Sí, nada más que por eso!

¡Cómo la extrañaba en las noches después de la cena, sentado en la pieza grande, solo, sin tener a nadie que me conversara! El único testigo, el gato, ¡exasperante testigo!, a unos cuantos pasos del sillón, con sus ojos amarillos fijos en los míos, ¡caramba, no se cansaba jamás de mirarme! Y le aseguro que es desesperante cuando a uno lo miran mucho rato sin darle chance de hacerse el desentendido. El lo hacía por horas, afectándome tanto, que casi siempre me era empresa imposible el dejar el sillón para ir al lecho por la simple razón de que no quería que sus ojos me siguieran en el camino observando mis espaldas. ¡Terribles noches, largas, larguísimas!

Y así, una velada después de mi solitaria cena, como de costumbre fui a acomodarme en mi sitio favorito, aunque temeroso de que el gato estaría esperando para reiniciar su habitual suplicio. Mas, lo confieso con tristeza ahora, una tremenda alegría me invadió al comprobar que no estaba. Es cierto, al principio fui todo lo feliz que un hombre puede serlo en las mismas circunstancias aquellas, demasiado feliz quizás por un hecho tan insignificante. Pero pronto comencé a pensar en las posibles causas de su ausencia. "Ha salido para la calle y se perdió", me dije. "Y eso le va a dar mucha pena a mi mujer, ella que lo quiere tanto; además, me va a echar la culpa de su pérdida, por alguno de mis estúpidos descuidos". todas esas cosas pensé, y tuve miedo... lo juro, no sé de qué, pero tenía tanto terror que uno de mis dedos comenzó a moverse solo. Aquello me

decidió a ir al dormitorio de mi mujer para conversar muy amigablemente con ella e idear algún plan para recuperarlo. Claro, ahora me doy cuenta que en verdad no fue el deseo de arreglar las cosas sino el miedo lo que me empujó hacia allá. Abri la puerta despacito, muy despacito, apenas avanzando en forma perceptible para no asustarla o molestarla con el ruido que hacía la condenada hoja de madera cuando se abría de un golpe. La luz del dormitorio estaba apagada y me resultó un poco difícil acostumbrarme a aquella profunda oscuridad del interior; creo que sólo en ese momento llegó a parecerme rara la lentitud absurda de mi cerebro que no me permitiera antes darme cuenta de que una pieza pudiese guardar tanta negrura dentro de sí.

Así, fui distinguiendo gradualmente la blancura del lecho, también el bulto que hacían sus piernas ya desde muchos días inmóviles para siempre. Al llegar a la altura de los muslos, donde ella se veía obligada a dejar las manos inútiles, tuve la impresión de que me agarraban por la nuca para asfixiarme: ¡los dedos los tenía espantosamente encogidos, tal si en el último peldaño de la desesperación hubiera recuperado de puro terror el uso de ellos para tratar con su magra ayuda de zafarse de quizás qué peligro que la asechaba! Cuando escapé del dominio del miedo que me paralizó, abrí de un golpe la puerta y fue entonces que vi el espectáculo que realmente me horrorizó: la cara de mi mujer estaba totalmente cubierta, ¿sabe con qué, señor?, pues con el cuerpo de la bestia ésa... No me mire así, señor, que le estoy contando la pura verdad, lo que vi con los mismos ojos que ahora lo miro a usted. ¡El gato

NO GASTE
MILES Y MILES DE PESOS
No compre...
¡Arriéndelo!

ARRIENDE
SU VESTIDO DE NOVIA,
MADRINA, CORTEJO Y
REINAS DE PRIMAVERA
TRAJES PRIMERAS CO-
MUNIONES PARA NIROS
Y NIÑITAS
PARA CABALLEROS:
Chaquets, fracs, smokings modernos, Barros Jarpa y ternos para lutos y ceremonias
DISFRACES, LOZA, SERVICIOS, MANTELES Y CORTINAS
Remitimos a provincias

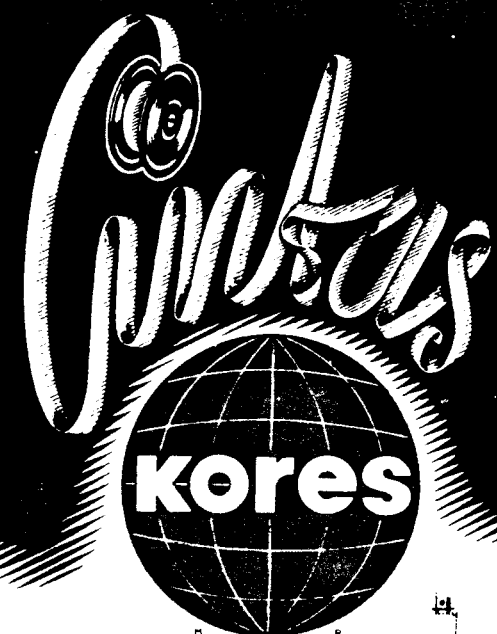
Casa
UTIL
SAN SIBIRO 618
FONO 36953



PRODUCTOS DE CALIDAD

Kores

PARA MAQUINAS



se había echado sobre el rostro de ella como en el cojín en que dormía, y quizás desde qué rato no se movía de allí!... Temblando de asco por la maldad del bicho me abalancé contra él, pero se escapó de un tremendo salto que lo hizo alcanzar el umbral de la puerta de salida. Contrariado, traté de reanimar a la moribunda —es decir, a la que yo creía moribunda—, haciéndole masajes en los brazos y el pecho. Todo fue inútil, señor. La pobre murió mientras yo, el muy idiota, me rascaba la cabeza allá en la pieza grande preguntándome por el posible paradero de la bestia. Y la verdad era tan simple: el gato la había asfixiado, a ella que tanto se sacrificara por alimentarlo y por hacer que descansara todo el día en la mejor forma posible. “¡Qué animal tan desagradecido!”, pensé yo. Y me puse a llorar al lado del cadáver. Con rabia y también con un poco de pena, porque yo quería a mi mujer, no mucho, es claro, pero al fin y al cabo la quería. Eso es perdonable, ¿no es cierto?

Y mientras lloraba se me ocurrió la gran idea, la idea que fue el comienzo de esta aventura que le estoy contando. Yo me dije: “hum, te vas a presentar a la policía con el fantástico cuento de que la mató el gato”, “¿quién te va a creer semejante disparate?”, “no, mi amigo, lo que va a suceder será que te tomarán amablemente de un brazo y te encerrarán en un calabozo más sombrío que esta pieza para juzgarte por asesinato”, “eso es lo que pasará, sí, señor”... Así me quedé toda la noche dando vueltas en la cabeza a la idea de que nadie me creería la verdad y todos me señalarían como culpable de esa muerte. Por fin, cuando ya las primeras luces del día penetraban por la ventana, la misma hora

en que ella se levantaba para comprar cosas en el mercado —nunca me olvido de eso, señor—, la envolví con mucho cuidado en unas pocas frazadas y me la llevé al fondo del patio, donde tengo un jardincito que a diario riego amorosamente. Saqué cada planta de entre la tierra haciendo de modo que no se dañaran, amontonándolas en un rincón del patio. Enseguida cavé una fosa profunda, de la altura de mi cuerpo, sí, señor, y en el fondo eché el envoltorio con el cadáver, cubriéndolo parte por parte de manera que no quedara ningún vacío como para que el suelo se hundiera después y algún indiscreto me pillara. En la última capa de tierra volví a colocar las plantas en la misma disposición de antes (claro, la disposición me la sabía a la uña porque yo mismo cultivaba el jardincito, con amor, como ya se lo dije), y todo quedó igual como si jamás las hubiere removido de su sitio. Tan bien hecho, que al observar mi trabajo terminado me sentí feliz de poder hacer una cosa así de correcta y sin dejar huellas. Tan feliz, que me fui al comedor y me eché unos buenos tragos de vino para celebrar, ¡cómo deseaba que mi mujer viviera para conversar con ella y mostrarle el jardincito!, pero no podía ser, señor, y me resigné a beberme toda la botella a solas.

Por supuesto que el vino me hizo dormir todo el día en el mismo comedor y no desperté hasta que un dolorcillo en el estómago me avisó desagradablemente que estaba hambriento. Era la hora de la cena. Por desgracia no había salido de casa y en ella no encontré nada para saciar el hambre, que se me hacía molesta e insoportable. ¡Y el muy infame del gato pegado a mis talones mirándome con tristeza; sí, ésa era su mirada, igual como un chiquillo

LUFTHANSA

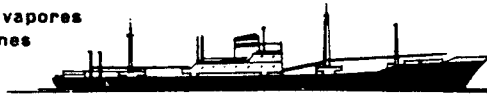
LINEAS AEREAS ALEMANAS



Unico servicio directo sin trasbordo de Santiago a Paris y Hamburgo, via Frankfurt. Salidas de Santiago los días viernes.

HAMBURG - AMERIKA LINIE (HAMBURGO) NORDDEUTSCHER LLOYD (BREMEN)

Servicio semanal de vapores
con acomodaciones



de 1.ª clase entre
Chile y Alemania

AGENTES GENERALES

ULTRAMAR

AGENCIA MARITIMA LIMITADA

AGUSTINAS 1070 - 3.er PISO - FONO 68130

que pide comida! ... Varias veces ensayé de darle un puntapié, pero el animal resultaba más ágil que mi pierna y no lo toqué jamás. Por último, cansado de darle golpes inútilmente, lo dejé que me siguiera a todos los rincones —en los rincones las mujeres siempre guardan cosas, ¿no es cierto?— sin hacerle mucho caso, aunque en el fondo de mi corazón algo me decía que debía castigarlo porque él era el asesino. Sabía que resultaba ridículo el que un simple animal doméstico fuera el matador de un ser humano, pero era la verdad, un hecho que yo presenciara con mis propios ojos ... Me parecía también ridículo el negarlo. Y sumido en ese torbellino de ideas peligrosas aquella noche me paseé por toda la casa pensando en alguna manera de castigarlo. La obsesionante idea de castigarlo, sí, señor. ¡Y el muy maldito siempre pegado a mis talones! Yo me detenía en mi paseo para mirarlo y él hacía lo mismo, no despegándose los ojos amarillos de encima, y aun cuando cerrara los míos veía los de él brillando en la oscuridad de mi cerebro. Le aseguro, señor, que aquello no era como para soportarlo mucho tiempo sin alterarse y hacer una locura. Que fue exactamente lo que yo terminé por hacer. Claro, así contado de viva voz y aún en la obligación de vencer la barrera de incredulidad que usted ha levantado entre los dos, no podría conseguir que sintiera lo que yo en esos instantes de soledad y de hambre, todo rodeado por el terror. Porque se lo juro, señor, estaba aterrado. No sabía de qué, pero la sola presencia del gato negro me secaba la lengua y me helaba la espalda. Yo caminando y mirando de reojo al animal. El animal muy cerca de mis talones, temiéndome siempre bajo sus ojos amarillos. Ir y venir.

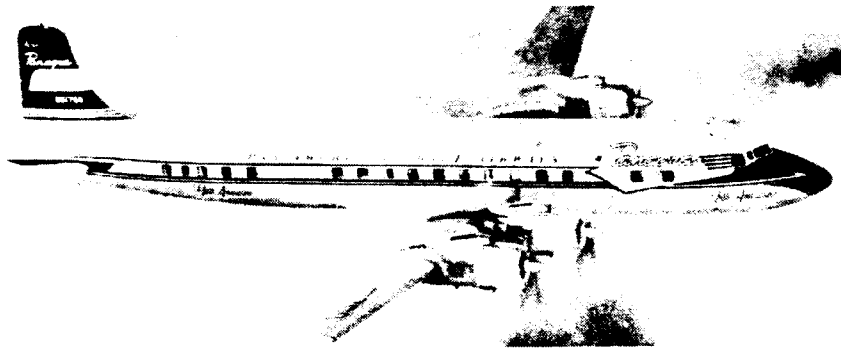
Volver. Dar vueltas por toda la casa en un caminar absurdo y fatigoso. Estar en movimiento era mi única chance de salvación, porque así me hallaba seguro de que el gato sería inofensivo..., de que se comportaría como una bestia doméstica.

Hasta cerca de la medianoche seguí en esos paseos insensatos, y el terror que en un principio se me había hecho tan notable, paulatinamente se fue adaptando a mi modo de actuar y la habitual cordura de mi cerebro regresó a su centro normal y comencé a pensar de nuevo. A pensar con absoluta precisión. A pensar sin temer.

Ya no fui ni vine como un enajenado. Por el contrario, con un propósito bien definido salí de la casa y me encaminé hacia el patio, sin mirar para atrás. Sabía que el gato "tenía" que seguirme. Cuando llegué al jardincito, allí donde reposaba el cadáver de mi mujer, me detuve tratando de hacer aparecer mis movimientos como productos del azar. Para engañar a la bestia, usted sabe. ¡Y la logré engañar!

El muy estúpido, en vez de quedarse atrás de mis piernas, se adelantó para echarse, muy remolón, a la orilla de la tierra recién removida. Yo doblé las piernas, me hincué en el suelo y enseguida me tendí de vientre. Todo esto bajo la atenta mirada amarilla. Y empecé a arrastrarme lentamente hacia el gato, con gran lentitud, ganando pulgada a pulgada el terreno que nos separaba. En el momento en que mis narices se mezclaron con su sedoso lomo me detuve un segundo para respirar profundo y darme valor, luego de lo cual, dando un salto como

AHORA! Ud. puede volar diariamente



SIN TRASBORDO A NUEVA YORK VIA
PANAGRA

En DC-7B, la Flota de Aviones más moderna y veloz en uso comercial en Sudamérica, equipados con RADAR

Consulte a su Agente de Viajes o a Grace y Cia. (Chile) S.A. - Morandé 315 - Fonos 81961 y 67 - Venta de Pasajes, Hotel Carrera - Fono 82011

el de los delfines en el mar, atrapé el cuerpo negro debajo de mi estómago apretándolo contra la tierra sin piedad. ¡Oh, señor, si usted pudiera comprender el placer que aquello me produjo! ¡Cuánto gozo al sentir muy cerca de mi piel los estertores de la bestia y los movimientos inútiles que hacía por zafarse de mis caderas que lo asfixiaban!

No sé cuanto duró eso. Creo que me quedé dormido por un largo rato. Pero en el momento en que me di cuenta de nuevo de lo que sucedía, su cuerpo ya estaba frío, más frío que la tierra del jardincito. Mucho más helado.

Tal vez sería porque ya no veía más sus ojos amarillos, o quizás a causa de que su pelambre perdió ese brillo que le era tan peculiar, no sé ni quiero saberlo, el hecho es que cogí el cuerpo del gato sin ninguna clase de temor y lo llevé a la pieza grande, poniéndolo con todo cuidado en la alfombra roja del centro, ahí debajo de la lámpara. Yo me senté en el sillón donde fumaba habitualmente y me dispuse a contemplarlo con detenimiento —¿cree usted, señor, que una actitud tan racional como la de observar con satisfacción al vencido puede ser la de un loco?—, no por saber cómo quedó después de mi atentado contra él, no señor, lo que yo deseaba era gozar de la sensación de liberación y de triunfo que no me dejaba tranquilas las manos ni aun cuando me llevaba el cigarro a la boca.

Me hallaba como un niño en los momentos que le regalaban un juguete que deseara por mucho tiempo: no existía para mí en el mundo otra presencia que la del cuerpo negro y rígido en medio de la alfombra diciéndome muy claro que yo lo había ma-

tado y además que yo solo, sin ayuda de mi esposa, era capaz de zafarme de lo que me molestara. ¡Hum, fueron instantes inenarrables aquéllos! Sinceramente le digo que me gustaría que a usted le sucediera algo parecido. ¡Se siente uno tan seguro!

De pronto me pareció que la luz parpadeaba y me hacía creer que el cuerpo de la bestia se movía. Me sonrei, un poco asustado, no lo niego, de semejante ocurrencia. Porque el animal "no podía moverse", es una condición necesaria de la muerte, ¿no es cierto? Claro, es lo razonable y lo justo. Todos sabemos eso porque todos pensamos así. Yo tampoco iba a pensar distinto, ¡libreme Dios!

Sin embargo, a pesar de mi perfecto razonamiento, o la luz seguía parpadeando o el cadáver se movía. Aunque de una manera sumamente extraña: igual como si algún ser oculto a mi vista solamente se hubiera puesto debajo del gato y desde el piso le echara aire adentro; ¡sí!, la bestia se hinchaba, más bien toda ella se agrandaba lentamente, sin perder sus proporciones normales. Oh, señor, yo debería haber arrancado hasta perderme en cualquier parte, pero la sorpresa y el miedo me tenían clavado a mi cómodo sillón. Además, no se ría, por favor, él estaba muerto, y por mucho que se agrandara nada me iba a suceder. Y sus patas y su hocico y orejas se hacían cada vez más voluminosos. Yo enterrado en el tapiz del sillón sin poder apenas respirar. Bueno, de tanto verlo crecer y crecer, pensé que eso no iba a terminar nunca, que su pelaje negro llenaría la pieza, la casa y a lo mejor todo el mundo y que me aplastaría bajo su peso para tomar

LIMA

Y
EL
CUZCO



TEMPORADA DE TOROS

**ASISTA A ESTOS ESPECTACULOS
Y CONOZCA LAS ATRACCIONES
TURISTICAS DEL PERU**

VIAJANDO POR

SA DE VIAJES Y CAMBIOS

EXPRINTER

SANTIAGO, AGUSTINAS 1014 VALPARAISO PRAT 895

Gong



AL. BERNARDO O'HIGGINS 2733
SANTIAGO
TEL. 9101

"LE GRAND CHIC"

DE SANTIAGO

Las Tintorerías "Le Grand Chic" (de Santiago) poseen el más moderno y grande equipo para el limpiado en seco (DRY CLEANING) de temos, trajes, abrigos, etc.

Talleres y Administración: Alameda Bernardo O'Higgins 2733. Santiago.

Teléfonos 91031 - 32 - 33

Depósitos en Santiago: San Antonio 528 - Av. Providencia 1240 - Av. Irarrázaval 3228

Alameda Bernardo O'Higgins 54

SERVICIO REEMBOLSOS - CORRESPONDENCIA A CASILLA 4557, CORREO 2 - SANTIAGO

venganza de lo que le había hecho en el jardín. Mas no fue así. El cuerpo tendría el tamaño de un niño cuando dejó de aumentar como antes. Es decir, seguía creciendo, pero al mismo tiempo los pelos se le iban cayendo y las patas traseras se alargaban en distinta forma que las delanteras. Tomaba el aspecto de... ¡sí!... el aspecto de un horrible monstruo, entre bestia y ser humano. Lentamente, muy despacito, fue perdiendo la apariencia de animal y ganando la de ser humano. ¡Una mujer, una mujer desnuda! Toda su piel de una palidez amarillenta, con los ojos perdidos en las órbitas y los huesos casi escapándose de la piel tensa. No me costó mucho reconocerla. Lo que quedó del gato sobre la alfombra roja, esa mujer desnuda era mi esposa. Mejor, lo que yo enterrara en el jardincito, porque en algunos lugares la piel lucía pútrida y colgaba a pedazos. Hasta creo que un olor nauseabundo llenó la pieza. Pues bien, con la misma parsimonia con que transcurriera el extraño cambio ante mi presencia, el cadáver se irguió y se fue acercando al sitio donde yo me hallaba paralizado por el miedo y por la desesperanza de huir de aquella pesadilla. Puso su cara fangosa y maloliente casi tocando la mía y me habló en un susurro que más semejaba el arrastrarse de algo muy pesado que la voz de una persona. ¿Sabe qué me dijo? ¡Uf!, me recuerdo de ello con absoluta precisión:

“Hombre estúpido, tuve que despertar de mi sueño para poder venir a advertirte el error que estás cometiendo. Yo, allá abajo, en la tierra que le da la vida a tus insignificantes plantas y flores, reposaba con la comodidad que tú hubieras querido que lo hiciera. Sin embargo, cometiste una torpeza intolerable al acabar con el pobre gato en esa forma inhumana y cruel. Tienes una culpa que pagar ahora, esposo mío. Una culpa terrible porque no has sabido comprender la verdad de todos estos acontecimientos tan claros y tan maravillosos, cuyo mensajero era el inocente gato negro. Mi fiel animalito regalón. Ahora debes presentarte a la justicia de los hombres y contarles todo lo sucedido, parte por parte. ¡Y ellos no te van a creer! Ellos te van a condenar por mi muerte, y eso está bien porque sólo así pagarás la muerte injustificada del gato negro. Ve, esposo mío, y enfrentate con la justicia humana para que te hagas digno de reposar en el jardincito que tanto amas. Tal vez más que a mí”.

Eso fue lo que ella me dijo, señor, o por lo menos lo que yo alcancé a escuchar. En realidad me desmayé, sofocado por el pesado olor a tierra que sus mandíbulas despedían. Al despertar, encontré el cadáver del gato en el mismo sitio en que lo había puesto antes... Me eché la chaqueta encima y corrí a la policía, les conté la aventura, no me creyeron, me condenaron, y me enviaron a esta casa tan rara para que usted me examinara. Yo no sé qué irá a pasarme ahora, pero ya no tengo miedo... Estoy a salvo de cualquier condena y de cualquier castigo. Fíjese usted, si hasta las manos ya no me tiemblan y, ¿sabe?, tampoco veo parpadear la luz”.

R. R.

Aporta su grano de arena...



El Instituto Nacional de Comercio, dada la necesidad de mantener una existencia constante y permanente de artículos esenciales en las zonas australes, que por su situación geográfica no interesan al comercio particular, dio origen a un plan de abastecimiento que se extiende desde Puerto Montt a Puerto Williams.

Debido a las dificultades de transporte por vía marítima y terrestre, el Instituto creó un puente aéreo desde Puerto Montt a Futaleufú y Alto Palena, centralizando en la primera ciudad mencionada la cantidad de víveres necesarios para el abastecimiento de las zonas de Coyhaique, Lago Verde, Cochrane y Chile Chico.

Parte de esta labor de abastecimiento se cumple, igualmente, por vía marítima. Punta Arenas recibe mercadería enviada desde el norte para su distribución en la zona.

Se completa este plan con la creación de una bodega de abastecimiento en Puerto Williams. Base Naval compuesta de 160 hombres.

En esta extensa zona, que era visitada en forma muy espaciada por barcos de nuestra Armada, existen numerosas estancias de pobladores chilenos, los que, por la gran distancia que hay a Punta Arenas, debían abastecerse en la localidad argentina de Ushuaia, lo que originaba su dependencia total del vecino país.

Con esta labor de abastecimiento, el Instituto Nacional de Comercio aporta su grano de arena al incorporar al territorio nacional a los pobladores que se abastecían fuera del territorio nacional.

INSTITUTO NACIONAL DE COMERCIO
AL SERVICIO DEL CONSUMIDOR

